



# Una carta de Unamuno

Hemos recibido y publicamos la siguiente hermosa carta del maestro Unamuno.

«Sr. D. Luis Antón del Olmet:

En un número de EL PARLAMENTARIO del día 3 que un amigo ocioso me envía, veo las líneas que me dedica usted, amigo mío.

Gracias, muchas gracias, porque uno escribe y habla para que repercuta.

Dice usted que me encogí de hombros al preguntarme por qué soy francófilo y que es ofenderme preguntarme tal cosa.

No, no lo es. Y ello me recuerda que hace algún tiempo me lo preguntó usted por escrito para su periódico y que hasta hoy le he dado la llamada por respuesta. Allá va ésta:

Primero, no me gusta lo de francófilo—ó anglófilo, ó italófilo, ó etc—, y en concreto, y últimamente he sido más antigermanófilo que otra cosa. Hay una frase que se oye mucho en Francia, y es: *Il aime de France*. La encuentro con exceso de coquetería. La cosa es más honda y más seria.

Los que conozcan mi producción literaria desde hace más de veinticinco años saben que si nunca fui francófilo ó misógalo—como Alfieri—, que intituló así uno de sus libros—tampoco me distinguí por mi afrancesamiento, sino todo lo contrario.

Aunque empecé á pensar con pensamiento universal en francés—que mi madre me hizo aprender de muy joven (no lo tengo aprobado en el Instituto, donde en mi tiempo no se exigía)—aprendí muy pronto alemán, inglés, italiano y lo que pude—¡hasta danés!—para no tener que reducirme á una cultura y á lo que ella se asimilara por traducción. Y en los últimos años mis lecturas eran predominantemente en inglés y en italiano, algo en alemán.

Pero estalló la guerra, vi á Francia injustamente agredida y la vi del lado de la Justicia y de la Libertad y de la democracia. Y me puse al lado de la buena causa, junto á ella.

No sé lo que hubiera hecho de haber vivido el año 1870. No que la causa de Bismarck y de Moltke me hubiera parecido la de la justicia ni justo arrancar de Francia á loreneses y alsacianos que aun los de origen y lengua germánicos querían ser franceses y nada debe estar contra la voluntad de los pueblos, sino que del otro lado estaba el fatídico Napoleón III, Napoleón el chico, que le llamó Victor Hugo, el que quiso imponer á los mejicanos como Emperador Maximiliano de Habsburgo, el austriaco, él quiso imponer á los romanos como Rey al Papa. Fué un imperialismo contra otro.

Pero ahora se trataba de humillar y deshacer al pueblo francés, á la República francesa, purificada y sublimada por aquella nobilísima y

fecundísima guerra civil que fué el *affaire Dreyfus*, al pueblo que se había alzado contra el bárbaro secreto de Estado, contra el inquisitorial sistema de los tribunales de guerra y que había proclamado alto y claro que ni aun la salud de la patria, ni la seguridad de la nación, autoriza á atropellar á un ciudadano, condenándole sin pruebas justificables y publicables. Ahora se trataba de abatir al pueblo del *affaire* de Zola.

Si Joffre, cuando el hundimiento del *Lusitania*, pudo decir que ningún Gobierno francés habría dado Real orden sabiendo que podría ser desobedecido porque la disciplina francesa respeta la fraternidad y la inteligencia de los ciudadanos de la República, cuya conciencia está más alta que cualquier necesidad militar, si pudo decir tan cristianas palabras, es porque su patria había salido como salió del *affaire Dreyfus*.

Alemania dice—ó decía—que ella «sobre todo en el mundo», y he creído y creo sentir en la Francia de hoy, que por encima de eso del desquite, de la *revanche*, lema de *chauvinistas* ó patrioteros, hay la conciencia de que sirve á algo más alto que ella misma, que una patria no es un fin, y por esto me he encontrado con mis modestos medios, de aliado de Francia.

Que si mañana otro día, lo que no es ya de temer, resurgiesen en Francia veleidades imperialistas, napoleónicas, militaristas, ó siquiera pretensiones á hegemonía de cualquier clase, tendríamos que revolvernos, por amor á Francia misma, contra esas veleidades y esas pretensiones.

En el campo de batalla de Francia, de Francia mártir y héroe, de Francia purificada, se está librando el combate más grande de los siglos, el combate por la liberación de las naciones todas, entre ellas España. Que no es la que menos lo necesita.

Ya tiene usted, pues, contestado lo que hace unos meses me preguntaba. Y de esta contestación haga el uso que mejor le cuadre. Ni la más leve nota mía es secreta. Odio muchas malas cosas, pero sobre todas odio la clandestinidad y no tengo archivo secreto.

Hasta pronto que nos veremos, creo, en esa. El Zar Fernando de Bulgaria ha seguido el buen ejemplo de Constantino de Grecia. Cuando un Rey se equivoca no tiene redención. Y se equivoca siempre que sólo avizora el probable éxito futuro y se aconseja de consejeros que á su gusto, y no más, se busca.

Le saluda algo más esperanzado que cuando me vió, su amigo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 5 X-13.